

**EL LEGADO
DE
BANFF**

Eutiquiano Godàs

CAPÍTULO 1: TORMENTA

La tarde caía fría y el viento susurraba con tanta fuerza que Arthur no conseguía localizar a Nilo, su labrador más fiel y testarudo. Sus ladridos retumbaban por la ladera como el rugido de un joven león. Por muy lejos que estuviera el rebaño, sólo necesitaba su oído para seguir contemplando relajado su agrídulce mausoleo, una bellísima tierra donde en algún punto yacía enterrada su esposa.

El vendaval arrancaba la hierba con una crueldad ajena a la propia naturaleza, presagio de una de esas indómitas tormentas que se quedan grabadas en la memoria. Un lejano destello hizo que sus callosas manos apretaron con fuerza su bastón. Tras una vida entera recorriendo ese valle, el amor por sus paisajes era lo único que conservaba de su juventud. Estaba casado con esos bosques. “Ocurre como con los matrimonios...”, solía murmurar con la barbilla levantada, “tras tantos años de relación, un simple gesto cuenta más que mil palabras”. Entonces recordó el obsceno gesto con el que se insinuaba a su mujer. Una tibia sonrisa intentó estirar su rostro pero enseguida se la quitó de la cabeza, sabiendo lo triste que le ponía recordarla.

Las oscuras y amenazantes nubes que se aproximaban desde el norte se hacían las remolonas, esa noche la montaña cargaría sobre ellos con su refrescante ira. Se sentó en una de sus fieles rocas y continuó oteando el horizonte en busca de Nilo. Había decidido que, en esa mañana de vetustos recuerdos, no habría sitio para las prisas. La ausencia de su peludo comandante no le preocupaba. A esa altura, el aire gélido mantenía junto el rebaño y la frescura de las hierbas, entretenido. Pastarían tranquilas mientras el cencerro continuara sonando.

No quería interrumpir la diversión de los pequeños Nick y Hannah con su nuevo y peludo juguete. Como si en la ciudad no existieran los perros, los dos se enamoraron instantáneamente de él, acaparando toda su atención desde primera hora de la mañana. A ojos de esos niños, el chucho había salido del mismo vientre que ellos. Por suerte, su nuevo hermano les correspondía con la misma indomable energía, aunque para Nilo sólo era puro instinto de protección hacia sus dos nuevos y rubios terneros parlantes.

Arthur cayó en la cuenta de que no recordaba sus edades. Ocho y diez años, supuso sin sentirse culpable, la última vez que los vio no podían sostenerse en pie. La visita de sus nietos le había rejuvenecido de golpe, como aquellas siestas sin reloj en el porche. Esa tarde, sus setenta y tres años no pesaban tanto. Condujo al rebaño más lejos de lo habitual, alcanzando la cima del valle, para que los pequeños contemplaran su belleza incompleta, sin su abuela nunca sería lo

mismo. Así les echaba en cara todo lo que se estaban perdiendo por vivir lejos del valle, como le hubiera gustado reivindicar a ella.

Con el trasero perfectamente encajado en la roca, como si la naturaleza la hubiera esculpido con esa finalidad, los ojos de Arthur se perdieron en el corazón de la lejana marabunta grisácea. Dejó que sus pensamientos se sumergieran en ella como un agujero negro, llevándole a otro tiempo, cuando Nick correteaba a sus pies y Hannah, en su regazo, jugaba a deshilar su sombrero de paja. Recordó el cosquilleo e inconscientemente se llevó la mano a la oreja. Aquel día, la última vez que le acompañaron a ver pastar a su rebaño, descuartizaron el pastel de carne más grande que jamás había visto, tan sabroso que no podías parar de comer. Aquella imagen hizo que su boca se abriera lentamente. Tras la muerte de su querida apenas hubo otros dulces candidatos a quitarle el primer puesto. “Cualquier postre sabe mil veces mejor cuando la compartes con los tuyos”, pronunció como si fuera un tic. Era uno de los cientos de mandamientos que su abuelo le inculcó y que él sentía la necesidad de transmitir, aunque no hubiera nadie que le escuchara. No sólo era un compendio de sabiduría sobre la vida, también una manera de homenajear todos esos momentos que habían pasado juntos, en familia. ¿Cuándo dijo aquella frase...? ¿Estaban en...?

Le ocurría con demasiada frecuencia. Las frases brincaban de su boca sin darle tiempo a ponerles cara, lugar o fecha de nacimiento. “Eso... 1950”, murmuró por fin. Ocho años atrás que sintió como decenios. Por aquel entonces, si su cabezota no le traicionaba, la empresa minera todavía no había expugnado las laderas del sur en busca del susodicho mineral. “¿Cómo se llamaba...? Terminaba en ita... ¡diantres!” no recordar su nombre aún le ponía más furioso. Tras unos segundos de impotencia apretujándose la sien, y viendo que por más que la llamara, la palabra no acudía a su cita, aprovechaba para soltar su frase estrella a modo de pataleta: “cualquier tiempo pasado fue mejor que todo esto”. Una derrotista sensación que enseguida contrarrestó con una miedosa percepción de orgullo al creerse autor original de esa cita. Había olvidado que si rebuscaba en la librería, un libro de poemas del español Jorge Manrique le sacaría los colores.

Odiaba ver Banff invadido por las máquinas excavadoras. ¿Qué otra función tenían esa amalgama de chismes, aparte de matar la montaña? Arthur contrarrestó los primeros años de actividad industrial de la empresa con una campaña propagandística por todo el pueblo. “Estaban destruyendo los pequeños placeres del campo...”, reivindicaba junto a los vecinos, “...ya no disfrutas del zumo de naranja en el porche”. En el peor de los casos sólo debía ofrecer

galletas a los que se desviaban del camino para admirar boquiabiertos el huerto de su casa. Una de las pocas herencias de su mujer que mantuvo orgulloso, en parte porque le obligaba a levantarse de la cama cada mañana. Ahora, en vez de grillos, el runrún de los camiones reinaba en la colina y el horizonte sólo amanecía con extrañas y maleducadas caras. Todas con demasiada prisa para saludar. “Antes las personas contaban historias, no excusas”, remugaba Arthur en la mecedora de su porche. La única dosis de felicidad que podía extraer de todo ese lío consistía en mecerse al sol mientras limpiaba su vieja escopeta. Cada vez que un obrero cruzaba su terreno, el bombeante sonido del cartucho entrando en la recámara le hacía acelerar el paso. Se tronchaba de risa viendo cómo los cascos amarillos se alejaban botando. Sobre todo porque ese arma era más vieja e igual de inservible que él.

De todas las tormentas que había sufrido, la ciudad siempre trajo las peores. Su hija se marchó de Banff a Calgary, feliz, y volvió divorciada. Para luego volverse a marchar. No entendía cómo una madre, siendo soltera y con dos niños a su cargo, podía salir adelante sin la ayuda de su familia. Se la imaginaba sola, encerrada en esa multitudinaria y fría jaula de hierro. Encontró en la ciudad el injusto pero legítimo blanco a quien culpar por la enfermedad que se llevó a su mujer. Todo ese odio acumulado desapareció por arte de magia la primera noche tras el retorno de los pequeños. Cuando los dos enanos urbanitas le pidieron otra de sus historias de lobos, el espíritu huraño que le había invadido huyó de sus huesos en un mar de lágrimas.

De pronto, un grito agudo y desgarrador cortó el viento hasta despertar los oídos de Arthur. Las cabezas de ganado se levantaron al unísono con las orejas erguidas, habían dejado de masticar. Arthur se puso en pie oteando el horizonte en todas direcciones. ¿Era el grito de una niña? Intentó reproducirlo de nuevo en su cabeza y se sintió mal por no reconocer la voz de Hannah. Un instante después, llegó la señal que esperaba. Los ladridos de Nilo, más agudos que de costumbre, procedían de la cara norte de la montaña, donde la zona frondosa del pinar teñía de verde la ladera escarpada. Debían de estar a no más de quinientos pies. Cogió su bastón y emprendió la marcha olvidando su mochila, el rebaño y todos sus miedos.

Con los ojos achinados y una mano frente a la cara, Arthur avanzó suplicándole al viento una tregua momentánea. Había subestimado las prisas de la tormenta que se avecinaba. El terreno era traicionero y le obligaba a asegurar cada paso, sólo levantaba la cabeza para orientarse. Los quejidos se volvieron más intensos, Nilo apareció corriendo tras una cortina de niebla y se detuvo al verlo. Lanzó dos ladridos, que parecían llantos, y dio media vuelta para volver a desaparecer tras el manto blanco.

—Bravo chico —la diminuta sensación de seguridad que creció dentro de él enseguida se vio eclipsada por el angustiado tono de su fiel labrador.

Ascendió por una pendiente rocosa, ayudado por su bastón y por una energía que desconocía poseer. Se encontraba en la base de la montaña Cascade, peligrosamente cerca de su acantilado natural. Los gemidos de Nilo procedían de un pequeño claro que se escondía detrás. Tiró el bastón, apartó su brazo de la cara y cerró los párpados al máximo para acelerar el paso en los últimos metros.

Antes de cruzar la espesa niebla, divisó una mancha marrón moviéndose en círculos. Igual que Nilo cuando custodiaba un ternero herido ante un lobo, pensó. Pero era el miedo y no la valentía, la que provocaba esos ladridos. Cuando atravesó el manto de dudas y se le aclaró la vista, divisó a Hannah en el centro del claro, con su vestido de princesa azulado empapado de sangre. Estaba de pie, inmóvil como una estatua, cogiéndose las manos, y sus ojos, abiertos como platos, perdidos en la nube blanca.

A su lado, entre las piedras, yacía el cuerpo de su hermano mayor. Arthur lo alcanzó para olisquearlo. Su piel era pálida y dura como la roca; y los huesos de su cráneo dibujaban un rostro sin color, como si quisieran escapar tirando de las mejillas. Tampoco encontró vida en sus blancas pupilas.

—Santo Dios —murmuró entre llantos mientras le ponía la mano en el cuello. No tenía pulso. Le arrancó la ropa, su cuerpo carecía de heridas, mordiscos o moratones. Ni un solo rastro de sangre o violencia. Era como si le hubieran robado el alma. Buscó respuestas en el cielo, el risco era demasiado alto, no podían haber escalado. Nilo continuaba ladrando.

Se acercó a Hannah y la sujetó por los brazos.

—Hannah cariño, ¿qué ha pasado? Cuéntaselo al abuelo —entre sollozos, la zarandeó para ver si reaccionaba—. ¡Cariño por favor! —le apretaba tan fuerte que sus uñas le marcaron la piel. Tras ellos, Nilo lanzaba ladridos sin fin, moviéndose inquieto a su alrededor. Arthur mandó callar al labrador pero no se inmutó.

Su mirada se desvió hacia la pared rocosa de la montaña, tras ella se escondía una pequeña choza de madera. Construida con listones de madera, debía tener el espacio justo para una persona. ¿Un vagabundo? Agarró una roca y se acercó con los ojos sangrantes hasta la entrada. Su mano llena de venas hinchadas se alzó dispuesta a descargar su ira pero tras la puerta solo encontró un colchón, cuatro libros tirados y una caja de madera cuidadosamente tallada. Ni restos de comida ni rastros de actividad reciente. Al analizar la frágil estructura se fijó en la tela

usada a modo de tejado. Dedujo que era un alojamiento temporal, demasiado débil para soportar las nevadas en invierno. Incluso la tormenta que se avecinaba podría tirar sus paredes abajo. Los ladridos de Nilo no le dejaban concentrarse.

Entonces se percató. La cola del perro encorvada entre sus patas, el pelo de su lomo completamente erizado, el cuerpo arqueado mostrando los colmillos en dirección a la ladera: era una posición de defensa. Sólo lo había visto así cuando una manada de lobos acechó la cabaña una noche de invierno. Ese año la helada provocó escasez de presas y muchos depredadores se vieron obligados a cazar más allá del valle. Pero era verano y Nilo estaba aterrado, lo que asustó aún más a Arthur.

Un golpe de viento apartó la niebla frente a él. Levantó la vista y grabó la imagen que le acompañaría cada día durante el resto de sus días. Pensaría en ella tras despertarse entre sudores y pesadillas. La recordaría al desplomarse ebrio para llorar frente a la lápida del pequeño Nick. Y sería la imagen que, sólo un año después, le vendría a la cabeza tras tomar su último aliento en vida a la edad de setenta y cuatro años, en la misma cama en la que su madre le trajo al mundo.

Un imponente cedro, detrás de Hannah y Arthur, y a un metro escaso frente a Nilo, se erigía de entre las piedras. Tan alto que su copa parecía descansar más allá de las nubes. Era un árbol solitario, que encabezaba la barrera de pinares delimitando el frondoso bosque, como si fuera su guardaespaldas. Pero la singularidad de ese imponente ejemplar no residía en su tamaño, menos aún en su avanzada posición lejos de sus verdes compañeros, sino en su color. Era el único con la corteza, las raíces, las hojas y las ramas, totalmente blancas.

Desde ese día, el pico de la montaña Cascade que se levantaba junto al tímido pueblo de Banff, sería referido entre los lugareños como *el gran blanco*. Lo que desconocían los turistas que venían a disfrutar de un idílico fin de semana rodeados de pura naturaleza, era que pisaban la escena de un crimen que tardaría décadas en ser resuelto.